

gentes honradas sin excepciones, y cuyos mejores medios de progreso son las buenas costumbres y el ejemplo.

Bajo el punto de vista científico ha de trabajarse en otro sentido más asequible para la teoría, pero que no es menos difícil en la práctica. Nuestra sociedad, en todo enciclopédica, no ofrece grandes adelantos respecto á Medicina, faltándole los indispensables rudimentos para discernir el bien y el mal, la verdad y el error. Personas muy ilustradas suelen tratar de nuestro arte por meras referencias, y del Médico como si hablaran de lo desconocido. Gran ayuda proporciona la ignorancia al charlatán y embaucador; lo misterioso, lo incomprendible, resulta más hacedero para el vulgo, que la práctica inteligente de los conocimientos científicos; rotundas promesas de curaciones milagreras, tienen superior valía á la que se concede al juicio racional, que afirma lo cierto como cierto y lo dudoso como dudoso.

En lo que á la legalidad se refiere hay también largo trecho para recorrer; los adelantos modernos no se armonizan con disposiciones vigentes, aunque algo olvidadas por efecto de su decrepitud. Estamos muy apartados del apetecible *desideratum*: que las leyes informen sus disposiciones en verdadero espíritu antropológico, dando á esta última palabra su sentido recto, no el que modernamente le concede determinada escuela. La Medicina y principalmente la Higiene, debieran ser fundamentos indispensables para la administración de los pueblos.

Los principales aspectos á que nos referimos sólo pueden separarse teóricamente para su estudio y diferenciación; apenas cabe citar hechos prácticos que no revistan las tres formas, relacionándose con la moralidad, la ciencia y la Ley. En realidad, los problemas que el ejercicio de nuestra profesión envuelve repercuten siempre, sea cual fuere su punto de partida en los dos restantes sentidos. Así, acusan faltas morales, errores científicos y deficiencia de las leyes.

Añadiré, para que no quepa argüir apasionamiento de mi parte, que se dan casos excepcionales sin duda alguna, en que la incorrección es obra exclusiva del médico, para el que apenas cabe evocar entonces atenuaciones y distingos.

Es particular, que no obstante los diversos grados de ilustración, la sociedad entera, salvo algunas inteligencias superiores, tengan iguales ó parecidas ideas sobre lo que ha de ser el médico, los deberes que le incumben, lo que el cliente tiene derecho á exigir de él y hasta el límite en que debieran fijarse sus honorarios. El criterio popular no discrepa en este punto del que profesa el vulgo ilustrado; el error se ha transmitido secularmente de arriba abajo y estamos hoy como hace cien años, á poca diferencia. Es más, la opinión del público, constante á través de los tiempos y las capas sociales, únicamente cambia seg ú